

si misma uno de los mas interesantes episodios de nuestros libros santos; pero si se considera en sus relaciones con la preparacion del Mesias, adquiere repentinamente grandes proporciones, y se comprende mejor y se admira mas, porque se ve que ocupa un lugar importante en el plan general de la Providencia. Tal es el punto de vista sobre el cual la hemos considerado, como á la de Judith, y lo mismo harémos con la de Esther, de que vamos á ocuparnos.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber sacado bien del mal haciendo servir de preparacion al reinado del Mesias el castigo de los Israelitas y su dispersion entre los gentiles.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *profesaré el mayor respeto á mi padre y á mi madre.*

LECCION XLVIII.

PREPARACION DEL MESIAS.

Mision de los Persas. — Historia de Esther. — Su elevacion. — Mardoqueo descubre una conspiracion. — Aman, favorito de Asuero, pretende que le rindan honóres divinos. — Se niega Mardoqueo. — Aman jura hacerle perecer, y con él á todos los Judios. — Mardoqueo se lo avisa á Esther. — Va esta á hablar al Rey. — Triunfo de Mardoqueo. — Humillacion de Aman. — Su muerte. — Salvacion de los Judios.

Hemos indicado cuatro grandes decretos de la Providencia relativos á la preparacion del Mesias. El primero establece que el pueblo judío, destinado á ver salir de su seno al Redentor del mundo, seria el depositario forzoso de esta gran promesa, y por consiguiente el custodio fiel de la verdadera religion. La leccion anterior nos ha demostrado palpablemente la ejecucion literal de este primer decreto.

El segundo establece que el Mesias naceria del pueblo judío en Judea, y de la familia de David. Mostremos ahora á la Providencia haciendo que todos los acontecimientos de la historia de los Judios y de las demás naciones cooperasen al cumplimiento de este nuevo decreto. Dios manda á Abraham con este designio, dos mil años antes de la venida del Mesias, que parta del centro de la Mesopotamia, y le manda que se establezca en la Judea, llamada entonces el país de Canaan; con este objeto se obliga por medio de juramento á darle este país para él y su posteridad; cuatrocientos años mas adelante pone en movimiento el cielo y la tierra para sacar de Egipto á los descendientes del santo Patriarca y llevarlos á aquel país; extermina las siete poderosas naciones que lo poseian; conserva en él invariablemente su pueblo durante mil y quinientos años, á pesar de los esfuerzos incesantes de las naciones vecinas, ávidas de poseerlo, y quiere, si los Israelitas son llevados en cautiverio, que quede en él un pequeño número para guardar esta tierra sagrada, sin permitir jamás que nacion alguna vaya á establecerse en ella. Con este objeto subsiste además la pequeña ciudad de Belen entre tantas otras incendiadas y aniquiladas durante aquellas continuas guerras, y finalmente toca en particion á la tribu de Judá, y es mas adelante la herencia de la familia de David, de la que debia salir el Mesias. Esto en cuanto á los acontecimientos peculiares al pueblo judío. El mismo designio y la misma cooperacion se advierten respecto de lo exterior, pues para la ejecucion de este mismo decreto es sacada de la nada la

poderosa monarquía de los Persas, y triunfa y reemplaza al imperio de Babilonia.

En efecto, según los Profetas, el Mesías debía nacer en Judea, de la raza de Abraham y de la tribu de Judá. Era, por consiguiente, necesario conservar el pueblo judío en Judea, ó traerlo á ella, si se hubiera alejado. Además, el Mesías debía ser de la tribu de Judá, y nacer en Belén de una virgen de la familia de David. Su origen era una de las señales con que un día había de reconocérsele, y era por consiguiente necesario conservar entre los Judíos la distinción de tribus y de familias.

Como hemos advertido, los Asirios abrigaban miras bien opuestas, pues nada menos querían que exterminar aquel pueblo que les era odioso. Setenta años hacía que lo tenían prisionero en Babilonia; un cautiverio más prolongado, si no lo hubiera hecho perecer, lo hubiese expuesto á confundirse con los pueblos entre los cuales vivía. Dios suscitó un libertador para conservar el pueblo judío, impedir que se mezclase con una nación extranjera y llevarlo á Judea; y así como había hecho que los príncipes de Asiria sirviesen para la ejecución de sus venganzas, hizo á los reyes de Persia ministros de su bondad para con la nación santa, y destinó á Ciro, el fundador del segundo imperio, para libertar á los hijos de Israel.

También es Isaías quien nos comunica el designio de Dios sobre esta segunda monarquía. ¡ Cosa admirable! la Providencia llama á Ciro por su nombre doscientos años antes de nacer este Príncipe, representa al Todopoderoso que le toma por la mano, que marcha delante de él, que le conduce de provincia en provincia, que hace caer ante él las murallas de las ciudades, y que le entrega todas sus riquezas y tesoros: todo para castigar á Babilonia y libertar á Judá.

Recojámonos para escuchar tan magníficos oráculos: *Hé aquí que yo, que soy el Señor, digo á Ciro, mi cristo, que he escogido para la ejecución de mi designio: Te tomaré de la mano para avasallar las naciones, para desarmar á los reyes tus enemigos, y para abrir ante tí las puertas de las ciudades sin que te se cierre ninguna. Te allanaré los caminos, romperé las puertas de bronce y las barreras de hierro; te daré los tesoros ocultos, para que sepas que soy el Señor, el Dios de Israel, que te llama desde ahora por tu nombre; lo hago á causa de Jacob que es mi siervo, y de Israel que es mi elegido, para que todas las naciones del Oriente hasta Occidente sepan un día que no hay otro Dios más que yo. Sí, yo suscitaré á Ciro para hacer justicia, yo allanaré ante él todos los caminos. Redificará la ciudad que me está consagrada, y dará libertad á mis cautivos, sin recibir por ello rescate ni presentes, dice el Señor, el Dios de los ejércitos.*

La misión de los Persas es, según se ve, enteramente de protec-

ción y de benevolencia para los Judíos. Preciso es decir en su elogio que los jefes de esta nueva monarquía cumplieron fielmente su cometido; merced á ellos fueron reedificados la ciudad y el templo de Jerusalén, libertados los Judíos, y conservados en Judea con la distinción de tribus y familias hasta la venida del Mesías. Hubo, sin embargo, hombres ambiciosos y ciegos, como se encuentran en todas las cortes, que nada omiten para empeñar á sus soberanos en una falsa senda, y apresurar de este modo la caída de su imperio poniéndolos en oposición con los designios del Altísimo; de protectores de los Judíos, como debían ser estos poderosos monarcas, algunos cortesanos perversos se esforzaban en convertirlos en tiranos injustos y hasta exterminadores de aquel pueblo, y al frente de estos hombres imprudentes y culpables aparecía Aman, favorito de Asuero.

Pero la Providencia, que tiene en sus manos las riendas de todos los imperios, y que hace servir para el cumplimiento de sus miras las voluntades y pasiones de los hombres, trocó las maquinaciones de aquel ministro orgulloso en un medio para adelantar su gran designio. Dios había empleado el ministerio de una débil mujer para derrocar el poderío del soberbio Holofernes, y con el mismo medio va á derrocar los proyectos de Aman. La historia de Esther, lo mismo que la de Judith, se enlaza, pues, admirablemente con el plan general de la redención del género humano: figuras de aquella que quebrantará la cabeza de la serpiente, estas dos heroínas salvan al pueblo judío, depositario de la gran promesa del Libertador.

Uno de los Judíos cautivos en Babilonia era Mardoqueo, de la tribu de Benjamin, que tenía una sobrina llamada Esther, la cual había perdido á sus padres desde su más tierna infancia. Adoptada por su tío, la jóven huérfana vivía en la inocencia y en la práctica fiel de la ley del Señor. Asuero, que reinaba entonces en Babilonia, de regreso á su capital después de haber ganado muchas victorias, dió fiestas dignas del monarca más poderoso de Oriente, y convidó á todos los oficiales del ejército y á todos los sátrapas ó gobernadores de las ciento veinte y siete provincias de que se componía su vasto imperio.

El séptimo día de estas fiestas tuvo el capricho de presentar á la vista de toda la corte á la reina Vasthi su esposa para que todo el mundo le rindiese homenaje por su rara hermosura. Vasthi se negó á presentarse en público, y Asuero en un arrebató de enojo la repudió, y mandó al momento que le trajesen las vírgenes más perfectas de su reino para elegir una esposa. Una de ellas fué Esther: la humilde jóven de Judá no pidió nada para su adorno, y se contentó con lo que juzgaron á propósito darle; se presentó al Rey con el exterior modesto y sencillo que nunca la abandonaba, y prefiriéndola el Monarca á todas las demás, le ciñó las sienes con la diadema, y le dió el puesto que ocupaba en su trono Vasthi.

Reina ya, y reina omnipotente, Esther no cambió en nada la sencillez de su conducta y la inocencia de sus costumbres, y siendo en su palacio, en medio de una corte soberbia y solícita, lo que había sido en la casa de su tío y entre las jóvenes israelitas de su edad, solo se ocupaba en la oración y en la meditación de la ley santa. Tan dócil como siempre á las instrucciones de Mardoqueo, á quien honró siempre como á su padre, observaba con sumisión todo cuanto tenía cuidado de decirla en las diferentes circunstancias en que se hallaba; y el principal esmero de este hombre virtuoso consistía en recordar á la joven Soberana que no había subido al trono para ella, sino para su pueblo.

Todo cuanto pasaba en la corte del Rey de Persia entraba en las disposiciones de la Providencia, y hasta la asiduidad de Mardoqueo en pisar los umbrales del palacio, aunque su único motivo era su cariño hácia Esther, tenía un carácter decisivo para el bien de la nación santa, y, por consiguiente, para la conservación de la gran promesa del Libertador, acontecimiento inmenso del que el poderoso Asuero no era mas que un actor secundario.

Hallábase un día solo en el palacio Mardoqueo, según acostumbraba, y oyó á los dos jefes de la puerta que hablaban en voz baja del proyecto de asesinar al Rey. Prestó el oído con mas atención, y sorprendió todo el hilo de la conspiración, y cuando estuvo plenamente convencido, imaginó el medio de dar secretamente aviso de todo á Esther. La Reina informó sin dilación á su real esposo del peligro que le amenazaba, añadiendo que lo había sabido por Mardoqueo; los oficiales fueron presos, confesaron su crimen, y fueron condenados á muerte.

Según costumbre de los reyes antecesores suyos, Asuero mandó que se escribiera este acontecimiento en los archivos del reino; pero Dios permitió que olvidara á su libertador. Mardoqueo recibió algunos insignificantes regalos, con invitación empero de permanecer siempre en el recinto del palacio.

Mientras Asuero trataba con tanta indiferencia al fiel servidor á quien debía la vida, por un segundo permiso de la Providencia este Príncipe ponía su imperio á discreción de un hombre en quien reconoció mas adelante al mas peligroso de sus enemigos.

Este traidor se llamaba Aman. Merced á sus artificios, se hizo poco á poco favorito del Monarca y soberano en la corte; Asuero mandó elevarle un trono algo inferior al suyo; cuando Aman aparecía en las puertas del palacio, todos, por mandato del Rey, debían inclinarse, doblar la rodilla en tierra y prosternarse profundamente: era el ídolo del Soberano, y estaban obligados á adorarle.

Aman pretendía que se le rindieran estos honores como á un dios. Los cortesanos y el pueblo hicieron cuanto se le antojó; pero Mardo-

queo se oponía á semejante prevaricación, y por mas que Aman pasaba por delante de este intrépido adorador del verdadero Dios, no recibía de él la menor señal de respeto desde que las exigía iguales á las que los Judíos daban tan solo á Dios. Los oficiales y guardias del palacio, sorprendidos del atrevimiento de Mardoqueo, le preguntaban con frecuencia si no temía acarrearle la indignación de Aman; mas él les decía que era judío, y que su religión le prohibía rendir á un hombre los honores á los cuales solo Dios tenía derecho.

Avisarónselo al orgulloso ministro, que no tardó en reconocer por su propia experiencia la verdad de su relato; mas de una vez reparó él mismo que aquel judío permanecía en pié y no se arrojaba cuando pasaba, y ofendido hasta el extremo, resolvió vengarse. Mardoqueo era culpable á los ojos del traidor por rehusarle los honores divinos, y por haber descubierto la última conspiración contra la vida de Asuero. Poco era su muerte para expiar este doble crimen, y toda la nación judía debía lavarle con su sangre.

Aman se presentó al Rey, y le hizo ver que los Judíos dispersos por su reino eran una raza turbulenta, enemiga de los dioses y de los usos nacionales, y rebelde á los mandatos del Soberano; añadió que la paz pública exigía que se desprendiera cuanto antes de un pueblo tan odioso, y solicitó la orden de exterminarlos en un mismo día. Celoso Asuero de su autoridad, firmó la sentencia de muerte; y mientras los mensajeros la llevaban á los gobernadores de todas las provincias, se anunció públicamente en la capital.

Fácil es figurarse cuál sería la consternación de los Judíos al recibir tan infausta nueva: vertieron torrentes de lágrimas y exhalaban gritos lastimeros; pero felizmente no se ciñeron á esto, sino que todos juntos recurrieron á la oración, al ayuno y á la mas sincera penitencia.

Al leer Mardoqueo el edicto rasgó sus vestiduras, se vistió con un saco y se cubrió de polvo la cabeza, y corrió con este lúgubre traje á las puertas del palacio, donde se vió precisado á detenerse, porque era un crimen entrar vestido de luto en la casa del Príncipe. Tenía intención de hacer que Esther supiese lo que pasaba con sus demostraciones, y Dios permitió que lograra su objeto: las damas de la Reina, que sabían el interés que ella tomaba por Mardoqueo, pero que no tenían la menor sospecha de que fuese judía y sobrina de este extranjero, corrieron á contar á su Soberana el estado en que se hallaba su protegido.

Esther llamó en el acto á uno de sus oficiales, y le mandó que preguntara á Mardoqueo el motivo de su dolor. Mardoqueo dió al oficial un ejemplar del edicto de proscripción, y le dijo que se lo entregara á la Reina, suplicándole de su parte que se presentase al Rey para alcanzar que lo revocase. El oficial vuelve al lado de Esther, le entrega

el edicto, y le repite fielmente lo que Mardoqueo le había encargado que dijera. ¿Ignora Mardoqueo, exclama Esther, que nadie puede presentarse en el aposento del Rey á no ser llamado, so pena de muerte? Vuelve, dijo al oficial, y da á conocer á Mardoqueo la ley que no conoce. Id otra vez, responde Mardoqueo al oficial, á decir á la Reina de mi parte que se presente al Rey, pues ¿quién sabe si el Señor la ha coronado para ser el instrumento de su misericordia?

Esther, despues de recibir esta respuesta, envió á decir á Mardoqueo: Haced que se reúnan todos los Judíos que viven en la capital, y orad por mí. Ella se puso tambien en oracion, ayunó tres dias, y habiéndose encomendado á Dios con lágrimas, se sacrificó por la salvacion de su pueblo.

Tres dias despues se viste con sus mas magnificas galas y llama á dos de sus mujeres; la una le sigue y sostiene su larga vestidura, y se apoya en el brazo de la otra. Al llegar á la sala mas próxima á los aposentos del Rey, se para; pronto se abre la puerta, y aparece Asuero sentado en su trono con sus insignias reales y resplandeciente de oro y pedrerías. Viendo que Esther se presenta sin su mandato, sus encendidos ojos revelan toda la cólera de su alma: Esther cae desmayada; el vivo carmin de su rostro se trueca en mortal palidez, y su cabeza permanece sin movimiento apoyada sobre la mujer que la sostiene.

Dios permitía este accidente para aumentar su gloria, y como dueño del corazon de los reyes, cambió súbitamente el de Asuero. Este Príncipe, trémulo de temor viendo el lastimoso estado de la Reina, se levanta bruscamente de su trono, corre hácia Esther, la toma en sus brazos, y no omite medio alguno para reanimarla. ¿Qué tienes, Esther? le dice, nada temas, soy tu hermano. No, no morirás, la ley publicada para los demás no te comprende; acércate y toca mi cetro. Esther no volvía en sí, y el Rey le aplica su cetro de oro en el cuello, y le dice: Háblame. La Reina recobra un poco los sentidos á estas palabras, se acerca y besa el extremo del cetro de oro, y elevando despues sus ojos hácia Asuero, le dice penosamente: Señor, me habeis aparecido como el Ángel de Dios, y no he podido sostener vuestras miradas. Y al decir estas palabras cae otra vez desmayada en los brazos de su servidora.

La turbacion del Rey era inexplicable, y nada perdonaba para aliviar á su esposa, que recobró, por fin, enteramente sus sentidos. Asuero, en el colmo de su anhelo, le dice: ¿Qué deseas de mí, Esther? Pídeme la mitad de mi reino, y es tuya. Ella se contentó con responder: Si place al Rey, le suplico que venga hoy con Aman á tomar parte en un festin que he preparado. La invitacion fué aceptada con ahinco, y el Rey se presentó con su ministro. Asuero volvió á preguntar á la Reina en medio de la comida, que fué magnífica, si tenía

algo mas que desear, y Esther le respondió: Suplico al Rey que venga tambien mañana con Aman á participar de mi festin, y le diré lo que deseo.

Aman volvió á su casa embriagado con la honra que acababa de recibir, y al pasar por las puertas del palacio, vió á Mardoqueo que permanecía aun sentado en el mismo sitio sin hacer el menor movimiento. Se apresuró á contar á su mujer y á sus amigos lo que acababa de sucederle: La Reina, dijo, me ha convidado á su festin, solo con el Rey, y mañana debo comer tambien con ellos; pero nada me satisface, mientras vea que el judío Mardoqueo no se digna levantarse cuando paso. Su mujer y sus amigos le dijeron: Haz preparar una horca de cincuenta codos de altura, y cuélgalo en ella. El consejo pareció bueno á Aman, se levantó la horca, y al dia siguiente debia morir en ella Mardoqueo.

No habiendo podido Asuero conciliar el sueño en toda la noche, se habia puesto á ojear los anales de los últimos años de su reinado, y cuando llegó al paraje en que el judío Mardoqueo habia descubierto la conspiracion fraguada contra la vida del Rey, preguntó qué recompensa habia recibido aquel fiel extranjero por un servicio tan importante. Señor, le respondieron los oficiales, mandásteis que le dieran algunos pequeños regalos en el momento de la alarma pública; pero fué tan poca cosa, que ni aun se creyó digno de escribirse.

Acababan apenas de hablar los oficiales, cuando el Rey oyendo ruido preguntó: ¿No hay nadie en la antecámara? ¿Alguien habia en efecto, y era Aman que iba á solicitar el permiso de mandar ahorcar á Mardoqueo. Es Aman, respondieron los oficiales. Hacedle entrar, dijo el Rey. Luego que entró le dijo Asuero: ¿Qué debe hacerse por un hombre á quien el Rey quiere honrar de un modo enteramente particular? Creyendo Aman que era él á quien el Rey queria honrar, respondió: Es preciso, señor, que el hombre que el Rey quiere honrar vista vuestro traje real, monte el caballo de que se sirve el Rey en los dias de ceremonia, que ciña una corona, y que sosteniendo las riendas del caballo el primero de los príncipes y de los señores, conduzca á vuestro favorito por la ciudad diciendo en alta voz: Así será honrado aquel á quien el Rey quiera honrar. Pues bien, le dijo Asuero, date prisa, toma mi vestidura real y mi caballo de regalo, y haz lo que dices con Mardoqueo, ese judío que está en las puertas de mi palacio: nada omitas de cuanto me has aconsejado.

La muerte le hubiera causado menos pena que este mandato; sin embargo, tuvo que aprobarlo, ocultar su despecho en el fondo de su alma, y obedecer sin réplica. Aman tomó la vestidura real, se la puso á Mardoqueo en medio de la plaza pública, le hizo montar en el caballo del Rey, le colocó en las sienes la diadema, y llevando el caballo por las riendas, exclamaba en alta voz por las calles: Así será honrado

aquel á quien el Rey quiera honrar. Cuando Mardoqueo volvió á la puerta del palacio, Aman se apresuró á encerrarse en su casa con los ojos bañados en lágrimas y la cabeza encubierta, y contó á su mujer y á sus amigos lo que acababa de suceder. Aun no habia terminado su relato, cuando los oficiales del Rey se presentaron á suplicarle que fuera al momento al festin que la Reina habia preparado. Llegó al lado del Rey, y entró con él en la habitacion de la Reina.

La fiesta era magnífica como la del dia anterior. Al terminar la comida, Asuero se dirigió á Esther y le dijo: ¿Qué deseas de mí? aunque sea la mitad de mi reino, lo alcanzarás. Esther respondió: Si he encontrado favor delante de vos, ó Rey, no os pido mas que mi propia vida y la de mi pueblo, porque estamos yo y mi pueblo destinados á morir, estando proscritos ya y condenados. ¡Pluguiera á Dios que se hubieran contentado con vendernos, hombres y mujeres, como esclavos! El mal seria soportable, y me contentaria con gemir en silencio; pero tanta crueldad de parte de nuestro enemigo recae sobre el Rey. ¿Quién es ese enemigo? preguntó Asuero lleno de asombro; ¿tanto es su poder para atreverse á semejantes cosas?

Esther respondió: ¡Ese enemigo tan bárbaro, es Aman! Aman quedó estupefacto al oír estas palabras. Asuero no pudo dominarse, y salió un momento. Aman se arrojó á los piés de la Reina suplicándola que le alcanzara la vida; el Rey volvió á entrar, y sus oficiales arrojaron un velo sobre el rostro de Aman para ocultar este objeto odioso á las miradas de su Soberano. Uno de ellos dijo en voz alta: En casa de Aman hay una horca de cincuenta codos de altura preparada para Mardoqueo que salvó la vida del Rey. Id á ahorcarle en ella, dijo Asuero. Se ejecutó el mandato, y se apaciguó la cólera del Rey.

La muerte de Aman, digna suerte de un impío embriagado con su engrandecimiento hasta creerse una divinidad, es un terrible ejemplo de la justicia de Dios con los perseguidores de la inocencia, y un monumento ilustre de su bondad hácia sus adoradores, cuando se acuerdan, en medio de los peligros, de que es su Padre, y cuentan con su proteccion.

La muerte de Aman no era, sin embargo, mas que el principio de sus favores. El reconocimiento de su pueblo, que cantaba públicamente sus alabanzas en medio de una ciudad enteramente idólatra, unido á la virtud de Esther que sin reservarse nada le rendia la gloria de tantas maravillas, le obligó á poner el colmo por medio de beneficios mas señalados. Asuero dió á la Reina todos los bienes de Aman, y Mardoqueo fué su primer ministro y su favorito. Esther confió tambien á su tío la intendencia de su casa, y arrojándose á los piés del Rey le suplicó con lágrimas que revocara el edicto de proscripcion dado contra los Judíos; favor que le fué concedido en el acto. Merced á un nuevo edicto

publicado en todas las provincias, no tanto se garantizó á los Judíos de cualquier insulto, sino que fueron temidos y respetados en todo el imperio á causa de Esther y de Mardoqueo.

Así velaba la Providencia por su pueblo, y reducía la monarquía de los Persas á su verdadera mision, que era la de proteger á la nacion judía, todo lo cual se efectuaba en vista del Mesías que debia nacer. ¡Cuál se engrandecen los acontecimientos mas insignificantes en apariencia cuando se consideran en sus relaciones con el plan general del Altísimo para la redencion del linaje humano!

Profundamente reconocidos por tantos beneficios, los Judíos consagraron con una fiesta perpetua el recuerdo del modo con que habian sido salvados. La víspera era dia de ayuno general en memoria de la destruccion de que habian estado amenazados, y el dia de la fiesta se pasaba cantando salmos, en moderados festines, de los que se enviaban unos á otros los manjares que habian preparado, y especialmente tenian gran cuidado de hacer á los pobres de la nacion pequeños regalos, para que pudiesen participar de la fiesta. Interesante ejemplo de caridad que los cristianos de los primeros siglos seguian literalmente, mas que nosiempre imitan sus hijos.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber conservado milagrosamente vuestro pueblo, y preparado de este modo el reinado del Mesías. Concedednos la gracia de que estemos como Esther y Mardoqueo llenos de confianza en Vos en nuestros peligros, y de reconocimiento hácia vuestros beneficios.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *repetiré con frecuencia esta oracion: Jesús, dulce y humilde de corazon, tened piedad de mí.*